

colección ¿Y si fuese cierto...

LA VERBENA DE SAN JUDAS

©Tucho Balado, 2009
1ª edición: enero 2009
6ª edición: marzo 2012

Derechos exclusivos de edición
reservados para todo el mundo.

Diseño de portada
Héctor Gomis
Maquetación
La Torre de Ferreiro

©Ven y te lo cuento **ediciones** S.L.
Plza. Catalunya, 8 pral. 08007 Barcelona
www.venytelocuento.com
info@venytelocuento.com
ISBN - 13: 978-84-939938-0-1
Depósito Legal:
Impreso en España

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización escrita del editor.

TUCHO BALADO

La verbena de san Judas

ven **y** te lo cuento **ediciones**

A mi Milita
y a mis hijos,
Gerónimo y Carolina

ÍNDICE

<i>Polvus interruptus</i>	15
La llamada	21
La llegada	27
La primera verbena de San Judas	33
El viaje espacial	43
La historia de Benigno, la de su mujer y la de ambos	47
Kontreras y los “guaguaus”	71
La reincidente historia de la incorregible Tola	81
Rubén, el “dansing” y los sicarios	95
El nuevo romance de Merceditas	109
El reencuentro	121
El marqués de Gottagota	129
La Asociación	135
Leónidas y Astrid	145
Y vuelta a empezar	169

Cuando la vida se toma
dos copas de más,
no siempre da positivo.
Te lo aseguro.

Mi nombre es Mauricio Desusso y a pesar de mi apellido, ni soy portugués ni italiano ni argentino. Es más, he curioseado en mi árbol genealógico y no he encontrado un solo ancestro que pudiera confirmar lo contrario. Escribo guiones de cine y con ello me gano la vida, unas veces muy bien y otras de puta pena, pero no me puedo quejar: soy dueño de mi tiempo.

Todo lo que os voy a contar sucedió durante el transcurso de mi primer año y parte del segundo en **Déjame tranquilo**, la urbanización de los inadaptados sociales del momento.

El convincente lema de su reclamo publicitario: “Vive y calla”, nos había vendido y comprado a la vez la casa y el alma a cada uno de los residentes.

Polvus interruptus

Había soplado con fuerza un viento del noreste bastante húmedo y normalmente, al cabo de unas horas solía descargar una corta y copiosa lluvia. En ésas estábamos, cuando un ruido ensordecedor ocupó totalmente mi capacidad auditiva y me dio un susto de cojones. La onda expansiva que generó, destrozó varios cristales de las casas de enfrente, dos de la marquesina de la mía y, a lo peor también, los de algún coche aparcado a la puerta de su garaje.

Ni se inmutó. Estaba buenísima. Posiblemente sorda como una tapia. O quizá se lo hacía, o quizá no. ¡Qué más daba! Sin embargo, me resultó muy extraña la nula reacción tanto de ella como del vecindario. Pronto empezaría a anochecer y nadie salió a la calle ni se asomó siquiera a la ventana para satisfacer mínimamente su curiosidad. A mí eso me traía sin cuidado, pero desde luego, no dejaba de resultar bastante insólito.

Me tomé un respiro, apuré una cervecita y poco a poco reinicié el cuerpo a cuerpo en el que me encontraba enfrascado minutos antes. Pero había quedado descolocado y ella, consciente de mi falta de concentración, optó por enroscarse el pareo, enchufar la tele y pasar de mí hasta mejor ocasión.

Transcurridas un par de horas dieron las noticias locales, y nada. Parecía que yo era el único que había oído el estruendo. Bueno, pues vale. Pero dudé, volví a mirar fuera y allí estaban los cristales rotos esparcidos por el suelo como prueba irrefutable de mi cordura.

Al volverme, reafirmé una vez más el gran atractivo de Teresa. Sentada sobre la cama, con las piernas juntas y abrazadas, y la barbilla apoyada en sus rodillas, estaba espléndida. Mantenía ensimismada la mirada fija en el anuncio de un poderoso todoterreno capaz de todo, hasta incluso de follársela –tal vez pensaba ella después de su exitosa tarde conmigo–.

Se entreabrió la puerta de la cocina y apareció apático como siempre, Matías Martínez, mi perro, cruce de foxterrier y cangrejo o algo parecido, mirándome asombrado con esa cara de crustáceo hervido que le caracterizaba -sobre todo cuando se desorientaba y perdía el control horario de sus papeos-.

Y ahí estaba yo, entre la bella y la bestia, totalmente desconcertado, la nevera y el estómago vacíos y la necesidad imperiosa de salir a cenar algo lo antes posible.

Salimos por la parte de atrás, subimos al coche y arrancamos hacia el centro. Conducía Teresa y yo la observaba. Me encantaba su personalidad y cada día admiraba más su inteligencia. Notaba que esas sensaciones, su modo de entender la vida, su cuerpazo y su extraordinaria belleza, estaban alterando mis más profundas convicciones de libertad. Mientras me recreaba en esos pensamientos, Matías llamó mi atención. Acomodado sobre sus patas traseras y con la cabeza asomada por la ventanilla, parecía casi humano. Con gran parsimonia, iba disfrutando a la vez del paisaje nocturno y del placer de respirar aquel aire tan puro que queda después de un fuerte aguacero.

Logramos aparcar, conseguimos mesa para dos y Matías quedó de vigilante. El restaurante, uno de los de moda del momento, estaba a tope. La gente charlaba animada, y nadie parecía estar pendiente de nadie, hasta que entramos.

Ya estaba acostumbrado, pero aún así no dejaba de sorprenderme: la mayoría de los tíos y alguna de las tías, se la comían. Otras, por el contrario,

la repasaban de arriba abajo buscando ansiosas sin lograrlo, el más mínimo detalle que pudiera motivar la deseada crítica.

Nos sentamos y pedimos. Y comimos y bebimos. Y nos relajamos. Bueno, me relajé yo, porque ella pasaba de todo. Hablaba poco, lo justo, según con quién y la ocasión. Conmigo era capaz de mantener grandes silencios que a veces le agradecía u ofrecerme la más suculenta de las conversaciones con ingredientes cargados de sentido del humor y ocurrencia.

Pedí los cafés y, al hacerlo, me di cuenta de que en la mesa de enfrente dos reprimidas y tres idiotas, ya con media cogorza cada uno, trataban de provocarnos haciendo en voz alta burdos comentarios sobre nosotros que celebraban al unísono con estúpidas risitas forzadas, —supongo que pretendiendo ocultar las dolorosas expresiones de estreñimiento permanente que sus múltiples contradicciones internas, aún por resolver, reflejaban nítidamente en sus caras—.

Lo mejor hubiera sido ignorarlos, como acostumbraba a hacer en esos casos. Sin embargo, ese día el cuerpo me pedía guerra y esos soplapollas me lo ponían a huevo. Pero en cuanto Teresa intuvió mi intención de ponerme en pie, rápidamente,

adivinando mi cabreo y para evitar los problemas que en esas situaciones solemos crearnos la mayoría de los componentes de mi género, me sujetó por el antebrazo con fuerza contra la mesa y guiñándome un ojo, acercó su hermosa cara para decirme:

—*Tú pide la cuenta, y luego, por favor, deja que me encargue yo.*

En cuanto pagué, me dirigió una pícara sonrisa de complicidad y haciendo acopio de toda la tranquilidad del mundo y ayudada por los efectos del vino, apartó un poco su silla para que pudieran observarla mejor, estiró completamente las piernas y, muy despacio, comenzó a subirse la falda hasta dejar ver sus maravillosos muslos, sólo a ellos. Y sin dejar de mirarlos se fue quitando, con más lentitud si cabe, una preciosa braguita de seda verde oscuro, ante el asombro de los osados. A continuación, nos levantamos para irnos y al pasar junto a su mesa, Teresa, altiva a la vez que divertida, dejó caer en ella el delicado fetiche.

—*Gilipollas* —musitó—.

Nada más salir, a manotazos, cayeron sobre la prenda.

Y encima, los cinco con derecho a voto. Me imagino.

La llamada

Olía a café recién hecho. El aroma se podía mascar, era intenso e invadía la casa. Me asomé a la calle y pude comprobar que ya no quedaba un solo cristal en el suelo. Los vidrios de las ventanas e incluso los de mi marquesina, habían sido re-puestos. Y yo sin enterarme...

Una nota de Teresa imantada en la nevera:

Nos vemos luego.

Te quiero.

Matías, mirándome y moviendo el rabo trataba de llamar mi atención para que volviera a ponerle esa ración de pienso con aceite que tanto le gustaba, pero no lo iba a conseguir. Hacía sólo un instante se acababa de pulir la que le había dejado preparada su amiga Teresa antes de marchar.

Gladis, mi asistenta, una preciosa caribeña mulata, grandota y muy simpática, me hacía sentir un verdadero placer al verla cada mañana. Tenía

eso que los suyos llaman swing y contagiaba por doquier su inmensa alegría y tremendas ganas de vivir. Llegaba cada día más o menos a las diez, pero eran ya las doce pasadas y aún no había aparecido. Algo muy extraño y nada usual en ella.

Un fin de semana sí y otro también, le llegaban montones de mails y los lunes, satisfecha, me leía y comentaba algunos riendo, llorando o soltando sonoros alaridos de sorpresa. Pero hacía un par de días recibió una llamada en mi casa y en cuanto colgó, noté en ella un súbito cambio de humor. Ante su silencio, por respeto no le pregunté, pero luego, al relacionar su tardanza con dicha llamada, intuí que quizá debería haberlo hecho.

Al fin apareció, malhumorada y resignada, asumiendo su rol en la vida, y con el tiempo justo para cocinar fue poniéndome al corriente.

Rubén, el pequeño de sus hermanos, allá en la República, volvía a arrastrar una vez más graves problemas a raíz de las numerosas deudas contraídas en el juego. Ludópata compulsivo, creció al amparo de Gladis que casi siempre le sacaba las castañas del fuego. Pero en esta ocasión había ido demasiado lejos y tendría que echarle imaginación o mucho valor, del que no andaba muy sobrado, si quería salir de la situación en que se

encontraba atrapado. Tenía sólo tres opciones para sobrevivir al conflicto:

La primera, “el braguetazo”.

Formalizar ante sus futuros suegros, una de las familias más ricas de la región, su compromiso con Adelaida. Sin embargo no le apetecía en absoluto. Era consciente de que ese trance iba a resultarle muy incómodo. Llevaba implícito, porque la rari-ta de su novia así se lo imponía –vete tú a saber por qué–, el reconocimiento verbal ante los presentes al acto, de su anterior relación homosexual con el padre Amarito: un curita a punto de cumplir los cuarenta y jubilado antes de tiempo a causa de una triple y onerosa alergia al incienso, a los óleos y a la molesta cera de los cirios. Gracias a esa cutre enfermedad, si es que lo era, obtuvo el chollo de alojarse de por vida a pensión completa y sin soltar un peso, en un precioso y confortable hotelito situado a la orilla del mar que hacía las veces de convento-residencia y que utilizaba la orden para retiro, descanso y relajo de sus miembros. En todos y cada uno de los sentidos de la palabra.

No podía ser de otro modo. Si Rubén quería ayuda para cancelar sus deudas, su pasado debía aflorar y ser conocido y aceptado por Don Ernes-

to, el padre de la novia, que de modo oficioso tenía ya un claro perfil de la catadura del elemento. Aún así, sabiendo de la tozudez y del carácter de su hija, era patente que pronto se vería obligado a admitir en su familia a medio maricón convicto y confeso, como pensaba él, o a un bisexual redimido, como seguro diría ella.

La segunda, “el amor”.

Rubén añoraba a Amarito. Su sueño era vivir con él, su verdadera y oculta pasión, la que había negado en tantas ocasiones. Se emocionaba cada vez que evocaba a “mi chinito”, como solía llamarle y su primer encuentro, cuando solos en aquel barco y muertos de frío, se pusieron tímidamente el uno junto al otro para hacerlo más llevadero. Y pasó lo que tenía que pasar. Probaron y salieron del armario a la vez, a trompicones, sin ternura, como si llevaran un siglo esperándose, haciéndolo sin medida, una y otra vez, y otra, y otra hasta que al pobre Amarito el dolor le pudo más que el placer.

Pero fíjate qué cosas tiene la vida porque ahora, precisamente ahora, Rubén podía, si quería, aprovechar la oportunidad que le ofrecían de cubrir con un sueldo decente, una plaza de enfermero

cuidador en la orden y ser destinado, quizá para siempre, al convento-residencia donde le esperaba su adorado. Como en un cuento de hadas.

Y la tercera, “echarle jeta” —de la que en este caso sí andaba sobrado—.

Llamar a su hermana Gladis, pedirle una vez más que lo ayudara, que lo trajera a Europa y que lo alejara al máximo del embrollo que había montado.

Como era de esperar, Rubén se decidió por la última opción. Abandonó a su gran amor, el padre Amarito, y huyó de sus temidos acreedores y de su novia Adelaida, la más peligrosa por impredecible, ya que decía sentirse ultrajada, humillada y mancillada cuando en realidad sólo había sido sencillamente abandonada. Y de su ya imposible suegro, Don Ernesto, que nunca entendió a las mujeres y menos aún a su hija, sobre todo cuando ésta se encabronó de Rubén y le contó el motivo por el cual no podía vivir sin él:

—*Papito mío, Rubensito baila el merengue tan sexón que me pone a cien. Así de simple, ¿tú comprendes, mi papi?*

Tan sublime argumentación puso al pobre hombre casi al borde del suicidio. Es un decir, porque ense-

guida asumió la dura realidad y, desde entonces y para siempre, tomó total conciencia de que la niña era irremediablemente idiota, bastante puta y que además, tenía un punto sibilino y una mala leche de aquí te espero, tanta que él, su padre, llegó a la conclusión de que mientras no le cabreara... pues allá ella.

Cuando Gladis hubo acabado su exposición me miró a los ojos. Intuí que en ese instante me estaba leyendo el pensamiento y que ambos presentíamos que su hermanito iba a ser un problema añadido a los que ya de por sí ella soportaba. Pero los dos sabíamos de sobra que la vida hay que tomarla como viene. Y en aquel momento, tocaba joderse.

Teresa aún no había vuelto.